

Fuga hacia adentro: *Tratado del amor clandestino*, de Francisco Proaño Arandi

ALICIA ORTEGA CAICEDO

Universidad Andina Simón Bolívar,
Sede Ecuador

RESUMEN

En este texto, la autora desarrolla, en primera instancia, una reflexión crítica en torno a la demanda de “extraterritorialidad” de la literatura ecuatoriana, que desde la década de los 90 del siglo pasado se ha constituido como en una especie de constante; esa ausencia ha impedido que la narrativa alcance los horizontes de universalidad, pues su fijación en lo local la ha atado, según ciertos juicios, a superar este tipo de lazo con el pasado. Ortega examina este debate a la luz de la tradición latinoamericana, en donde tiene sus antecedentes e historia, incluso pone como ejemplo la célebre discusión entre el narrador peruano J. M. Arguedas y el argentino J. Cortázar respecto a lo que significaba e implicaba lo nacional-local y el ser cosmopolita entendido como la opción de universalidad. En segunda instancia, la crítica analiza la novela *Tratado del amor clandestino*, de F. Proaño Arandi, para poner en contraste lo que ese debate sugiere y de alguna manera demostrar que ese “viaje hacia dentro” de la historia íntima del drama de los personajes es, a su vez, un desplazamiento a lo que califica como un viaje a “los orígenes” que, a más de que lo expliquen como sujeto, lo ubican dentro de una historia de la que participan otras voces, otras presencias, realidades, memorias y actores.

PALABRAS CLAVE: Novela ecuatoriana, Francisco Proaño Arandi, extraterritorialidad, literatura ecuatoriana, orígenes.

SUMMARY

The author proposes in this article, firstly, a critical reflection about a claim for “extraterritoriality” in Ecuadorian literature which, since the 1990’s has become a constant; this absence has prevented Ecuadorian narrative to reach an universal status, since its ties to what is local has bound it, in the opinion of some, to the inability to overcome its ties to the past. Ortega studies this debate under the scope of the Latin American tradition, where its background and history reside. She even uses the well-known discussion between Peruvian writer J.M. Arguedas and Argentinean J. Cortázar about what the national-local implied, and the cosmopolitan being understood as an option of universality. Secondly, the author analyzes the novel *Tratado del amor clandestino*, by F. Proaño Arandi to make a contrast about what the debate suggests, and, in some way, prove that the “inward retreat” of the intimate story of the characters’ drama is, at the same time, a motion to what she describes as a journey to “the origin”. This, besides describing the main character as a subject, places him in a story that is shared by other voices, other presences, realities, memories and actors.

KEY WORDS: Ecuadorian novel, Francisco Proaño Arandi, Extraterritoriality, Ecuadorian literature, origins.

HACIA FINALES DE la década de los noventa del siglo pasado y en lo que va del presente, ha ido tomando fuerza una postura crítica que le hace a la literatura ecuatoriana una exigencia de “extraterritorialidad”.¹ Desde estas premisas, la literatura ecuatoriana parecería pecar de cierto exceso de localización; de una obsesiva mirada hacia adentro que, desde dicha perspectiva, dificulta el diálogo en un horizonte de interpelación “universal”. Estas demandas de cosmopolitismo y universalidad tienen larga data en la tradición crítico-literaria latinoamericana, en el contexto de un debate que articuló el “discurso americanista”, la afirmación del mestizaje, el proyecto de la descolonización cultural; la pregunta por las influencias, las contradicciones, la “diferencia” latinoamericana con relación a los discursos occidentales. En la perspectiva anotada, me interesa resaltar cómo decanta el curso de esta tradición en la propuesta de Ángel Rama, en su libro *Transculturación narrativa en América Latina*. En

1. Dos libros que dan cuenta de dichas posturas son: *La cuadratura del círculo*, 2006, en particular el ensayo “¿Volver a tener Patria?”, de Iván Carvajal; y *Síndrome de Falcón*, 2008, de Leonardo Valencia, que reúne varios ensayos escritos por el autor desde finales de los noventa. En otro texto he dado cuenta de las posiciones desarrolladas en estos libros, así como de las respuestas de intelectuales como Alejandro Moreano y Michael Handelsman.

esta publicación, el crítico uruguayo parte por reconocer ese “movedizo y novelero afán internacionalista”, que ha motivado la búsqueda de “originalidad” en la literatura latinoamericana. Una búsqueda que, en el marco de los diferentes momentos de emancipación política, ha colocado su mirada en diferentes zonas geográficas tenidas paradigmáticamente como matrices modeladoras de saber y modernidad; es decir, de un saber moderno. Esta suerte de atracción hacia un polo externo ha sido, paralelamente, alternada con una suerte de pulsión interior que ha posibilitado, a escritores e intelectuales, mirar hacia adentro de sus territorios, en la búsqueda de “fuentes nutricias” identificadas como tradicionales y propias.

Precisar los términos del diálogo entre lo propio y lo ajeno ha dado lugar a múltiples reflexiones y debates, en las diferentes coyunturas de nuestra historia. En el contexto latinoamericano, el debate sostenido por José María Arguedas y Julio Cortázar, entre 1967 y 1969, da cuenta precisamente de la lucha por el poder interpretativo entre el escritor tildado como “provinciano” y aquel que se asume como “cosmopolita”. Arguedas incorpora momentos de dicha disputa, en los diarios de su novela póstuma *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Desde la perspectiva de Arguedas, la posibilidad de sentir plenamente el “jugo de la tierra” (en el sentido de pulso de vida) tiene que ver con la posibilidad que tiene un escritor de revolcarse en esa misma tierra, en el sentido metafórico de dejarse tocar por la tierra que deviene horizonte de narración. Lo que está en cuestión es la legitimidad de un saber “provinciano” frente a los cuestionamientos de aquel que se construye “desde las altas esferas de lo supranacional”. A esta tensión hace referencia Arguedas, en el Primer diario de la novela: “Como si yo, criado entre la gente de don Felipe Maywa, [...] dijera que mejor, mucho más esencialmente interpreto el espíritu, el apetito de don Felipe, que el propio don Felipe. ¡Falta de respeto y legítima consideración!”.² Lo que está en disputa es el lugar de la interpretación, el lugar de la interpretación americana. Es, precisamente, esa “fuga” hacia adentro la que hace posible romper con la dicotomía de un mundo pensado desde un adentro (idealizado, vulnerable) o desde

2. José María Arguedas, “Primer diario”, en *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, Buenos Aires, Losada, 1972, p. 19.

un afuera (violento, ajeno): “Y cuando desde San Miguel de Obrajillo contemplamos los mundos celestes, entre los cuales giran y brillan, como yo lo vi, las estrellas fabricadas por el hombre, hasta podemos hablar, poéticamente, de ser provincianos de este mundo”.³ La enunciación “provinciana” reclamada por Arguedas viabiliza la comunicación de un saber tan profundo de la “aldea” que alcanza verdadera resonancia universal. Una resonancia en el otro lado de la frontera imaginada y sentida. Además, lo que está implícito en el pensamiento del escritor peruano es que la misma demanda de cosmopolitismo lleva una marca colonial. No imagino a un escritor del llamado “primer mundo” ensayando tal reclamo. La aldea de unos deviene horizonte de imaginación y aprendizaje para otros.

Para volver al caso ecuatoriano, pensar –desde cierto lugar de la crítica– la autonomía, el lenguaje y la imaginación como los “verdaderos territorios” de la literatura, responde a varias coyunturas de nuestra contemporaneidad. Las ilusiones de la globalización (las promesas de un mundo al alcance de las manos); las seducciones del mercado editorial transnacional (publicar en Alfaguara, por ejemplo, es asumido casi como reconocimiento de realización y éxito profesional); el impacto de las nuevas tecnologías de comunicación y los procesos de desterritorialización de la cultura; las redes virtuales de socialización y comunicación (el impacto de los *blogs* en una dinámica configuración de comunidades virtuales de discusión); la emergencia de una nueva generación (la vuelta del discurso antirrealista como “una especie de *rito de pasaje* que toda generación debe cumplir”, al decir de Moreano); el exilio y la migración que, en un gesto de curiosa prestidigitación, devienen horizonte de prestigio y celebración. Digo “curiosamente” en diálogo con Said, pues el crítico palestino sostiene que aunque el exilio se ha convertido en un motivo poderoso y enriquecedor de la cultura moderna, hay que tener también presente que “el verdadero exilio es una condición de abandono terminal”.⁴ Ciertamente, la cultura occidental moderna es en gran medida obra de exiliados, emigrados, refugiados; sin embargo, insiste Said, muchas formas de desplazamientos masivos ocultan lo “verdadera-

3. *Ibid.*, p. 28.

4. Edward Said, “Reflexiones sobre el exilio”, en *Reflexiones sobre el exilio. Ensayos literarios y culturales*, Barcelona, Debate, 2005, p. 179.

mente horrendo”, lo “insoportablemente histórico”, en las acciones de unos seres humanos que obligan a otros seres humanos a vivir en el desarraigo. Cabe aquí recordar el sentido de “extraterritorialidad” tal como lo ha pensado Georg Steiner:⁵ el despojamiento de la tierra propia implica la extrañeza de habitar otras lenguas. En este sentido, escribir en una lengua ajena a la propia coloca la escritura en un límite de extraterritorialidad simbólica. En ese límite irrumpe, sin embargo, una escritura que deja colar el idioma “subterráneo”. Es esa irrupción la que dota al texto escrito de un carácter “excéntrico”, que lo hace ver diferente, como “fuera de su tiempo”. Podríamos pensar que en esa dolorosa grieta se inserta, por ejemplo, la escritura del propio Arguedas. Son precisamente las resonancias de su lengua quichua (la fuerza de esa matriz cultural) la que “se trasluce” en su escritura y le confiere una cualidad “universal”, parafraseando las ideas de Steiner. Sin duda, Arguedas no dejó nunca de sentirse “fuera de casa” escribiendo en español, ese extrañamiento exacerbó una conciencia de escribir “sentado a la muerte”.

La “localización” de la escritura literaria ecuatoriana no comparte la filiación cultural de Arguedas. Me parece que esa posibilidad quedó abortada desde el momento en que la generación de escritores que emerge hacia la década de los sesenta –y que funda lo que se conoce como la “nueva narrativa ecuatoriana”– sepulta a Icaza y reconoce en Palacio su línea de filiación estética. Una filiación voluntaria que ha sido leída por el crítico Alejandro Moreano no como un gesto parricida (aunque así lo pensaron quienes protagonizaron la escena cultural de aquellos años), sino “matricida”: una literatura que celebra su “mayoría de edad” (liberarse del “realismo”) con el asesinato de Domitila (la madre india del chulla Romero y Flores, el personaje de Icaza en la novela de su mismo nombre) y la búsqueda de un nuevo padre en el Río de la Plata o en Europa (Cortázar, Onetti). El horizonte de estas búsquedas y disputas ha devenido eje articulador en parte significativa de la crítica literaria ecuatoriana: sobre todo en Agustín Cueva y su valoración de la obra de Palacio, Icaza y la de sus propios compañeros de generación. El “peso” del referente “nacional” (su anclaje geográfico), advertido en la literatu-

5. Georg Steiner, “Extraterritorial”, en *Extraterritorial. Ensayos sobre literatura y la revolución lingüística*, Madrid, Siruela, 2002, pp. 17-24.

ra ecuatoriana, tiene que ver con la pregunta por el advenimiento de una “literatura verdaderamente nacional” (principio de valoración desde la perspectiva de críticos como Ángel F. Rojas, Benjamín Carrión, Agustín Cueva) en el horizonte político de romper con el peso de la Colonia: “Y hoy, en 1967: solapada, esquivada, cual si temiese que advirtamos la magnitud de su presencia; el ruido de sus campanas opacado por el de las bocinas de lujosos automóviles, y la clientela de sus templos relativamente mermada –la Colonia sigue en pie–. Solo que a fuerza de cohabitar con ella, su rostro se nos ha vuelto tan familiar que hasta parece contemporáneo nuestro”.⁶ Así se abre *Entre la ira y la esperanza*, de Agustín Cueva, con una referencia que su autor hace a un clásico libro de geografía y geología del Ecuador, escrito por el geólogo alemán Teodoro Wolf, de 1892. En ese libro, Cueva contempla un daguerrotipo del Quito del siglo XIX, después de la Independencia. Lo que ensaya Cueva, en esa mirada, es dar cuenta de los signos de colonialidad que aún persisten, como “leyenda y realidad”, al momento de su escritura.

Por otro lado, me parece que la inscripción territorial de nuestra literatura tiene también otra razón de ser. En un ensayo en el que Said reflexiona en torno a la poesía de Yeats⁷ sugiere que si algo distingue de manera radical una imaginación “anti imperialista” es la primacía de lo geográfico. Ante todo, propone el autor, el imperialismo es un acto de violencia geográfica, a través de la cual el territorio colonizado es explorado, cartografiado y puesto bajo control. Así, el proyecto descolonizador supone también una suerte de “restauración” de la identidad geográfica: la afirmación simbólica del territorio. Es así que Said reconoce cierto “impulso cartográfico”, como una fuerza detonadora de escritura, en escritores como Yeats, Neruda, Césaire, entre otros. La búsqueda de “autenticidad”, en el contexto de naciones poscoloniales, pasa por la necesidad de renombrar el territorio, como gesto de recuperación simbólica y reinención del sentido de pertenencia; como punto de partida para narrar otras historias. Me parece que hacia esta misma preocupación

6. Agustín Cueva, *Entre la ira y la esperanza*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1967, pp. 7-8.

7. Edward Said, “Yeats and Decolonization”, en Terry Eagleton, Fredric Jameson, Edward Said, *Nationalism, Colonialism and Literature*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1990, pp. 69-95.

responde, por ejemplo, el llamado de Cornejo Polar hacia una crítica “ancilar”, en relación a una literatura comprometida con su realidad.

Esta idea del “impulso cartográfico”, tal como lo propone Said, es, desde mi lectura, sumamente sugerente para pensar los caminos por los cuales no ha dejado de transitar parte significativa de la literatura ecuatoriana sigloventina. En algunas novelas ecuatorianas, en un corpus que se inicia bajo el impulso de los escritores de la Generación del 30 hasta la época más contemporánea, es posible advertir un motivo recurrente: aquel que tiene que ver con la pregunta por los orígenes. Muy a menudo, sorprendemos al protagonista tras las huellas de un padre ausente. La búsqueda del padre, la filiación familiar únicamente vía línea materna, suelen ser un pretexto en las peripecias del personaje, razones que definen trayectorias y desplazamientos, detonadores de violencia y tensión social. Es un motivo que puedo reconocer en escritores de diferentes generaciones y con proyectos estéticos distintos: José de la Cuadra, Enrique Gil Gilbert, Alfredo Pareja Diezcanseco (en las décadas del 30 y del 40); Alfonso Cuesta y Cuesta, Jorge Icaza (en los 50 y 60); Jorge Enrique Adoum, Vladimiro Rivas, Francisco Proaño (en las últimas décadas del siglo pasado). En el contexto latinoamericano pienso, por ejemplo, en *Pedro Páramo* y la lectura que de esa novela hace Julio Ortega, en el sentido de leer en ella “la pérdida de la identidad del hijo bajo la arbitrariedad del padre”.⁸

Me interesa poner en diálogo algunas de las ideas planteadas con la novela *Tratado del amor clandestino*,⁹ del ecuatoriano Francisco Proaño Arandi. Esta novela obtuvo el Premio José María Arguedas 2010, y fue seleccionada entre las siete finalistas del Premio Rómulo Gallegos 2009. El narrador de la novela es un joven que, tras veinte años de ausencia del padre, emprende un difícil viaje en su búsqueda. Tras recibir una carta del padre ausente, parte hacia la zona de los Llanganati, en la Sierra ecuatoriana. Esta zona es una extensa cordillera andina en donde, según los relatos de la historia y la leyenda, se encuentra escondido el tesoro de Atahualpa. En la novela se la describe como “el paraje

8. Julio Ortega, “Discurso crítico y formación nacional”, en *El discurso de la abundancia*, Caracas, Monte Ávila, 1992, p. 251.

9. Francisco Proaño Arandi, *Tratado del amor clandestino*, Quito, Gobierno de la Provincia de Pichincha, 2008.

más brumoso e inexplorado del planeta”, adonde ha llegado el hijo tras las huellas del padre, con el propósito de resolver el “enigma” de su huida. Tras una difícil y larga jornada de viaje, localiza la morada en donde el padre ha vivido durante sus últimos años, en compañía de Isadora. En la casa-mirador, el hijo encuentra varios manuscritos del padre: cartas dirigidas a él y que nunca fueron enviadas, un *Tratado sobre los yacimientos minerales de la Cordillera Central-Oriental*, alusiones a una bitácora de viaje (un viaje iniciático realizado junto a Isadora). La novela que leemos no es sino el diálogo entre el hijo y la presencia ausente del padre, a través de las cartas encontradas y lo que, a su vez, el hijo le va contando de su vida. Comprendemos que el viaje mismo puede ser leído como una suerte de rito de iniciación: pues se trata de una ruta inhóspita, intrincada, abrupta; cruzada por quebradas, en un paisaje de fango, lluvia incesante, niebla. Son parajes en donde han trajinado un sinnúmero de viajeros en la búsqueda inútil del tesoro perdido que, según la historia, habría enterrado Rumiñahui, el último general de los incas quiteños, tras la noticia del asesinato de Atahualpa.

Las múltiples referencias a la geografía y a la historia son manejadas con extrema sutileza; pues no se trata de datos incluidos únicamente en función de una historia verosímil o de una mera referencia histórica. El devenir narrativo está íntimamente asido a la geografía, en dos dimensiones. Por un lado, el padre explica a su hijo el proceso de lo que, en principio, fue su amor clandestino con Isadora. El inicio de un amor atado a la construcción, paralela y secreta, de una ciudad vivida desde la clandestinidad. Por otro lado, el espacio del presente narrativo son las cordilleras de Llanganati, que no dejan de interpelar al narrador desde una historia que le antecede en siglos. Una geografía cargada de historia: la de exploradores –soldados, conquistadores, botánicos, mercenarios– al servicio del imperio español, unas veces, y del británico, en otras.

Para realizar el viaje, el narrador contrata el servicio de guías locales. Cuenta también con el conocimiento de papeles, mapas, cartas y noticias legadas por la historia de otros aventureros y buscadores del tesoro: el *Derrotero Valverde* (conquistador español del siglo XVI), *Notas de un botánico en el Amazonas y los Andes* (Richard Spruce, botánico y agente secreto al servicio del Imperio británico. Por 400 pesos consiguió la licencia para sacar semillas y plantas de la llamada cascarilla roja –quinina–, para llevarlas a la India y Ceilán –posesiones inglesas–). Todo este

legajo configura una suerte de texto paralelo con el que dialoga la novela, pues, además, el padre del narrador deviene una suerte de último vástago en la cadena de aquella genealogía de buscadores del tesoro. El narrador imagina a los guías como descendientes de los Ati: los guerreros encargados por Rumiñahui de vigilar para siempre el tesoro y la tumba del último de los Incas. Se sabe que todos quienes han intentado encontrar el tesoro han fracasado en su aventura, quizás debido a la cumplida labor de los descendientes de los antiguos guardianes guerreros, o por efecto de una “maldición cartográfica”. No se trata, sin embargo, de una novela histórica. Parte significativa de la misma se relaciona con el recuento que hace el narrador de su historia familiar, en una casa del centro histórico de Quito. Vuelve constantemente a ella en el esfuerzo por ordenar su propia memoria en el relato que hace a su padre, a la vez que intenta completar los vacíos a partir de las cartas leídas. Una memoria que se sitúa en Quito, en pleno momento de transición hacia la modernidad petrolera, el inicio de los setenta. De igual manera, ese escenario no es solamente soporte anecdótico del drama familiar en una casa del centro de la ciudad. Lo que sucede con la familia, casi solo de mujeres, remite permanentemente a formas muy concretas de administrar la cotidianidad doméstica: el amor, la sexualidad, la pareja, los lazos de familia, los prejuicios sociales, la iglesia, hasta el incesto.

En el viaje, el narrador encuentra el cadáver de su padre –así se anuncia al comienzo de la novela– abrazado al cuerpo de Isadora. Los cuerpos –luego de lo que parece un suicidio ritual– fueron arrojados a una de las lagunas de Ozogoche, de donde han sido rescatados. Hacia las lagunas de Ozogoche vuelan todos los años, desde finales de septiembre y durante todo el mes de octubre, los pájaros cucuvíes para lanzarse en ella en un vuelo suicida, lo que para los indígenas es un tributo suicida a las lagunas sagradas. Parte de la novela, aquella que corresponde a los relatos del padre, tiene que ver con su relación con Isadora, su amor clandestino, y el relato de un largo viaje iniciático, en la búsqueda de experiencias límites en el terreno del erotismo y lo sagrado. En pos de la plenitud de la experiencia erótica, la pareja parece encontrar en el abrazo suicida el límite humanamente posible. El abrazo de la pareja, según las cartas dejadas, pretende replicar a la pareja de Sumpa en su abrazo de diez mil años. La historia de los amantes de Sumpa se refiere al entierro de una pareja, de aproximadamente entre 5.000 y 6.000 años a. C., des-

cubierto en un cementerio paleolítico de la península de Santa Elena, en la Costa ecuatoriana. Se trata de una pareja joven, un hombre y una mujer, ligados en actitud amorosa. En el contexto ecuatoriano, los amantes de Sumpa tienen una gravitante resonancia poética. Jorge E. Adoum escribió el poema “El amor desenterrado”, inspirándose en el descubrimiento de la pareja. En el poema, Adoum reflexiona sobre el amor, el deseo, la complicidad secreta, el paso del tiempo: “¿era ya ahora,/ desde siempre como siempre,/ siempre contra el amor la tribu/ (y nosotros formando parte de la tribu)/ porque siempre la pareja es minoría?”.¹⁰ Me parece encontrar importantes resonancias de estos versos en la novela: la tensión entre la pareja clandestina y la tribu, como detonante de un interminable desplazamiento geográfico.

Aunque el narrador no encuentra al padre con vida, luego de la lectura de sus manuscritos, se siente capaz de emprender el viaje de retorno “libre de ataduras”. Es una novela en la que se cruzan varios viajes: el del hijo tras las huellas del padre, los viajes iniciáticos de la pareja, los buscadores del tesoro de Atahualpa. Todos estos viajes, que acontecen en diferentes tiempos, proporcionan un espesor histórico al viaje central de la novela, central en la medida en que deviene eje articulador de la trama narrativa. El viaje del narrador, en pos de su origen, solo adquiere sentido en el cruce con otros viajes que lo remiten a una geografía y a una historia que rebasa la de su casa y la de su familia. Pareciera ser que el enigma que persigue el narrador solamente logra ser resuelto en la medida en que es colocado en una perspectiva que trasciende su historia individual hacia un origen aún más remoto: aquel en el que se confunde la historia y la leyenda. Es como si los hilos de la trama familiar estuviesen demasiado cosidos a una geografía –la ciudad, los Llanganati– a una historia –el tesoro, la conquista, Sumpa, la pareja–. Mutilar alguna de las partes impediría reparar una memoria incompleta: la memoria del origen.

Desde mi lectura, la “maldición cartográfica” enunciada en la novela hace eco del “impulso geográfico”, tal como lo entiende Said a propósito de una modalidad de escritura literaria en países poscoloniales. En la novela de Proaño, la geografía tiene una resonancia –poética e histó-

10. Jorge E. Adoum, “El amor desenterrado”, en *Poesía hasta hoy, 1949-2008*, t. II, Quito, Ediciones Archipiélago, 2008, p. 945.

rica— que resulta clave en la resolución del enigma, de la búsqueda emprendida por el narrador. No se trata de un enigma cualquiera, sino de uno central: aquel que remite al origen.*

Fecha de recepción: 27 abril 2010

Fecha de aceptación: 04 junio 2010

Bibliografía

- Adoum, Jorge E., “El amor desenterrado”, en *Poesía hasta hoy. 1949-2008*, t. II, Quito, Ediciones Archipiélago, 2008.
- Arguedas, José María, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, Buenos Aires, Losada, 1972.
- Cueva, Agustín, *Entre la ira y la esperanza*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1967.
- Ortega, Julio, “Discurso crítico y formación nacional”, *El discurso de la abundancia*, Caracas, Monte Ávila, 1992, pp. 245-253.
- Proaño Arandi, Francisco, *Tratado del amor clandestino*, Quito, Gobierno de la Provincia de Pichincha, 2008.
- Said, Edward, “Reflexiones sobre el exilio”, en *Reflexiones sobre el exilio. Ensayos literarios y culturales*, Barcelona, Debate, 2005.
- , “Yeats and Decolonization”, en Terry Eagleton, Fredric Jameson, Edward Said, *Nationalism, Colonialism and Literature*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1990, pp. 69-95.
- Steiner, Georg, “Extraterritorial”, en *Extraterritorial. Ensayos sobre literatura y la revolución lingüística*, Madrid, Siruela, 2002, pp. 17-24.